

Vivir mejor no es relativo

Alfonso López Borgoñoz

ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico

Dar vueltas a una noria puede ser excitante para los fanáticos de los tiovivos y de algunas corrientes de pensamiento moderno (y, especialmente, del posmoderno), pero eso no lleva a ninguna parte y al final, en el mejor de los casos, solo consigue marear...

El presente texto fue escrito meses antes de la muerte del Dr. Mario Bunge el pasado 24 de febrero. Con él tuve el placer de mantener una cierta relación amistosa en los últimos catorce años. Extremadamente amable conmigo, siempre me contestaba rápido por correo electrónico, incluso cuando recién acababa de cumplir los cien años, y siempre con alguna gota de sentido del humor, habitualmente en forma de sarcasmo. Su tono invitaba a volver a escribirle.

Coincidió con él en dos ocasiones. En la primera fue con motivo de su participación en las Jornadas *El progreso científico y sus amenazas*¹, celebradas en Castelldefels (Barcelona) el 10 y 11 de noviembre de 2006, actividad que tuve el placer de ayudar a organizar junto con mis hermanos Sergio, Carlos y Julia, y a las que él se sumó enseguida tras un breve intercambio de correos electrónicos (primero desde su dirección de la universidad en Canadá y después desde la personal en Grecia, donde veraneaba).

En esas jornadas vi el doble aspecto de Mario Bunge. Por un lado, un carácter extremadamente apasionado en la defensa de la ciencia y de cuanto entendía que lo era, criticando abiertamente lo que creía que no lo era en las intervenciones de otras personas que participaban y que en algún momento podían indicar algo que a él no le pareciera perfectamente ajustado a lo que se debía decir. Y por otro lado, un conversador irónico, sarcástico, incansable y amable con todo el mundo que le venía a saludar en las charlas, así como

durante las cenas y comidas. Lo que debieron de ser los congresos con él, Popper, Feyerabend, etc.

Luego nos volvimos a encontrar más brevemente el 5 de abril de 2008 con motivo de la cena de la asamblea en Barcelona de ARP-SAPC, en la que participé, y en la cual le rendimos un homenaje.

Colaboró siempre que se le pidió con nuestra publicación, facilitándonos sus artículos. Valoraba positivamente el trabajo de nuestra entidad. Tras felicitarle por su centésimo cumpleaños, el pasado 21 de septiembre recibía yo su última respuesta, en la que agradecía mi felicitación y acababa con un significativo y simpático «¡Abajo las pseudociencias!».

Desde los hombros de Bunge, los que amamos el método científico como sistema para llegar al mejor conocimiento, sin duda nos es más fácil llegar a mirar más lejos.

¿Avanzar? ¿Mejorar? ¿Eso no es relativo?

En su libro de memorias², señala Mario Bunge que casi ninguna de las filosofías (o *pseudofilosofías*) de moda en la actualidad ha contribuido al progreso del conocimiento, si se tiene en cuenta su «criterio de la utilidad de los nuevos conocimientos», es decir, si las pensamos como herramientas que ayudan realmente a hacer avanzar o a mejorar el mundo.

Pues no; la mejora en las condiciones de vida y de nuestro entorno no es algo relativo, salvo en matices menores. Evidentemente, los gustos personales juegan un papel importante en la vida de cada persona individualmente (tipo de ropa, qué se quiere comer,



a quién se aguanta o no), pero no a nivel social ni en nuestra relación con nuestro entorno natural.

Lo saben bien las víctimas de malos tratos, la gente que pasa hambre, las mujeres que cobran menos por efectuar el mismo trabajo que los hombres, las personas que son discriminadas por sus elecciones en las relaciones afectivas o sexuales, o las mujeres que no pueden dar a luz con un mínimo de condiciones higiénicas. Incluso lo acaban sabiendo los y las *antivacunas* en la medida que alzan la mirada, escudriñan cuidadosamente el mundo que los rodea y comprueban sus creencias de forma realmente crítica, especialmente tras la pérdida o enfermedad (evitable) de seres queridos.

Lo de tratar de vivir mejor es algo real. Es un juicio de valor que se puede fundamentar o justificar, como sucede con el mundo fáctico. Los hombres y mujeres llevamos trabajando mucho en ello desde hace decenas de miles de años, pero sin excesiva suerte hasta haber dado con el método adecuado para poder mejorar racionalmente (el científico). Bunge lo tenía claro:

*¿Por qué funciona mejor la ciencia? Respondo: la vía científica es la que mejor conduce a verdades objetivas o impersonales porque se adecúa tanto al mundo como a nuestro aparato cognitivo. En efecto, el mundo no es la colección de retazos de apariencias que imaginaron Ptolomeo, Hume, Kant, Comte, Mill, Mach, Duhem, Russell y Carnap, sino el sistema de todos los sistemas materiales. Y los seres humanos pueden aprender a usar y aguzar no solo sus sentidos —que solo dan apariencias— sino también su imaginación, así como controlarla de cuatro maneras diferentes: por observación, por experimento, por cálculo y por compatibilidad con otros elementos del conocimiento anterior. Además, a diferencia de la superstición y la ideología, la ciencia puede crecer exponencialmente por un mecanismo conocido: la retroalimentación positiva, en la que parte del producto se invierte en el sistema (...)*³.

Vivir mejor y vivir peor

Vivir gozando voluntariamente de los beneficios del progreso científico (y que las autoridades los impulsen y faciliten a la población), tal como se indica en el artículo 27 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, no es algo sin sentido, sino que se sustenta en la real posibilidad de mejorar la vida de miles de millones de personas, permitiéndoles el disfrute de avances en el conocimiento así como la mejora en el tratamiento del agua y de la comida, de los cuidados paliativos, de la mejora de los cultivos y de un sinnúmero de descubrimientos que desde hace unos siglos (no demasiados) ayudan a disfrutar de dicho progreso científico a una parte importante de la humanidad, pero por desgracia no a toda, tanto por razones económicas como pseudocientíficas, religiosas o ideológicas, que hay que combatir de forma activa. Pero la aplicación correcta, conforme a la normativa que los desarrolla, de todo el resto de artículos de la Declaración Universal también permite asegurar claramente que es posible mejorar la vida de las personas solo con ello (derechos civiles, políticos, económicos, sociales o culturales).

Tener derechos es mejor que no tenerlos. Y al tener derechos, recíprocamente tener obligaciones o responsabilidades con los demás es también mejor que no tenerlas en absoluto.

La propuesta ética de Bunge, conocida como *agatonismo*, va en ese mismo sentido. Convierte la vieja máxima «Vive y deja vivir», en una más certera «Disfruta la vida y ayuda a vivir», y por ayudar a vivir entiendo que el *agatonismo* defiende la idea de «ayuda a disfrutar de la vida a otras personas», en correspondencia con la primera parte de la frase.

Y sin ayuda externa, de otras personas, ese disfrute no es fácil y, muy posiblemente, ni siquiera posible a según qué edad y según cuál sea nuestro estado de salud.

Como decía un lema de Amnistía Internacional, *el mundo puede cambiar, pero no va a cambiar solo*. Para ello se requieren las herramientas adecuadas,

Señala Mario Bunge que casi ninguna de las filosofías de moda en la actualidad ha contribuido al progreso del conocimiento



como un cierto activismo y tener un conocimiento adecuado de la realidad.

Y en ello también nos ayuda una parte importante del pensamiento *bungiano* acerca de lo que nos rodea, al exponer que dicha realidad existe, que es material, independiente, *sistémica* —todo es un sistema o parte de uno— y *emergentista* —el todo es más que la suma de las partes—, y que de ella podemos llegar a averiguar, por el ejercicio de nuestras facultades intelectuales y mediante la aplicación cuidadosa del método científico, su naturaleza. Su cada vez más correcto conocimiento, siempre perfeccionable, nos ha de permitir disfrutar más de nuestras vidas y hacer que la puedan disfrutar mejor otras personas. Es decir, hacer algo realmente útil para los demás y para nosotros mismos.

Tras su muerte, sus amigos Ignacio Morgado y Avelino Muleiro recordaban en el diario *El País* la que para ellos era la mejor expresión de amor al conocimiento y a la ciencia de Bunge⁴:

La adopción de una actitud científica robustecería nuestra confianza en la experiencia guiada por la razón, y nuestra confianza en la razón contrastada por la experiencia; nos estimularía a planear y controlar mejor la acción, a seleccionar nuestros fines y a buscar normas de conducta coherentes con esos fines y

con el conocimiento disponible, en vez de dominadas por el hábito y la autoridad; la actitud científica daría más vida al amor a la verdad, a la disposición a reconocer el propio error, a buscar la perfección y a comprender la imperfección inevitable; nos daría una visión del mundo eternamente joven, basada en teorías contrastadas, en vez de estarlo en la tradición, que rehúye tenazmente todo contraste con los hechos.

Sin duda, el del Dr. Bunge fue un feliz centenario, para él y la mayor parte de las personas que lo hemos leído y tratado.

Notas:

1 Jornadas *El progreso científico y sus amenazas*, celebradas en Castelldefels (Barcelona), el viernes 10 y el sábado 11 de noviembre de 2006, en la Sala de Actos de la actual Escola d'Enginyeria de Telecomunicació i Aeroespacial de Castelldefels (Universitat Politècnica de Catalunya), organizadas por la Agrupación Astronómica de Castelldefels, con la colaboración de ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico.

2 Mario A. Bunge *Memorias: entre dos mundos*. Gedisa/Eudeba, Barcelona/Buenos Aires 2014, pág. 355.

3 Mario A. Bunge «Elogio del científicismo», *El País*, 5 de julio de 2017, https://elpais.com/elpais/2017/07/02/ciencia/1499008570_546858.html.

4 Mario A. Bunge *La investigación científica*. Ed. Ariel, Barcelona 1996.